

to afán conservados, para ir finalmente á dar en manos de la policía que viniera más tarde á revelar el sensacional suceso!



UNIVERSIDAD DE COAHUILA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL DRAMA DEL TALLER.

Hermosa en verdad en su actitud desafiadora, con los brazos en jarras y el rostro inflamado por una oleada de sangre, centelleando en los negros ojazos el relámpago de la ira, y vagando una sonrisa de triunfo y desprecio en la carnosa boca que estremecía un temblor nervioso que ella, sujetando el labio inferior entre sus blanquísimos diente-cillos, procuraba dominar; hermosa en el desorden de su desatada cabellera, negra y brillante como el ala de un cuervo y que se deslizaba ondulante sobre la robusta espalda; hermosa como el ángel de la indignación, miraba María de Jesús, plantada en la puerta de la carpintería, alejarse á Petra cuya marcha siguió con devoradora mirada hasta verla doblar la esquina, y hasta haber contestado con una carcajada agresiva y estridente, al ademán furioso con que la fugitiva, mostrándole el puño cerrado, le lanzaba un último reto á guisa de despedida. Entonces, volviendo la espalda y sin dignarse siquiera mirar á Antonio, que con socarrona hipocresía arreglaba el torno con la cabeza inclinada sobre el cajillo de la herramienta, María de Jesús penetró rápidamente hasta la pieza

interior y, arrodillándose junto á la pequeña tina de madera, rústica é improvisada cuna, donde el chiquillo dormitaba, abrazándola, hundió el rostro junto á los menudos piecesillos, y los bañó con sus lágrimas, tratando en vano de ahogar los sollozos que estallaron por fin, sacudiendo su amplio pecho y sus mórbidos hombros.

Aquel día, cuya mañana había transcurrido tan llena de luz y de alegría para el hogar del carpintero, habíase transformado de improviso, presentándose la tarde tempestuosa y lúgubre. Como el azul purísimo del cielo esplendoroso, desaparecieron súbitamente la mutua confianza y el amor conyugal, para dar lugar á los celos, al despecho y al rencor. El íntimo y humilde festín con que se celebraba el término de la instalación del motor eléctrico que, en lo venidero, haría girar el torno, la sierra y la acepilladora mecánicas, ahorrando tiempo y esfuerzos y prometiendo mayor rendimiento y lucro en la tarea, había sido bruscamente interrumpido por la justa cólera de María de Jesús, que arrojaba vergonzosamente á la calle á la amiga falsa y traidora á quien acababa de sorprender cambiando un beso furtivo con Antonio, cuando ella, la esposa legítima, la dueña de aquel hombre y de aquella casa, se inclinaba al borde de la tinucha para acallar con sus caricias y con la rica leche de su pecho al pequeñuelo que, despertado por la ruidosa alegría de su padre, protestaba con sus gritos y su llanto contra la fiesta estrepitosa. ¡Ah, los canallas!..... los hipócritas!..... ¡Cuánto deseaba anonadarlos, destruirlos, darles muerte cruel..... y morir ella después con su criatura! Y ante el dolor inmenso y desbordante de María de Jesús, Antonio, hosco y cabizbajo, preparaba en silencio la tarea y, cerrando el switch ó contacto del motor, procuraba cubrir el rumor de aquel llanto con el chirriante ruido de la dentada cinta de acero que, circulando con rapidez vertigi-

nosa, aserraba los gruesos tablones de pinotea y hacía saltar el menudo serrín que, sobre el piso, cubría el carretel ó polea inferior de la sierra sin fin.



¡Cuán hipócritamente, al caer de la tarde, deslizándose entre la penumbra de la habitación, se acercó Antonio á María que, llorosa y taciturna, preparaba maquinalmente y como obedeciendo á la inveterada costumbre, la cena frugal! Soportó, sin arrebatarse, los bruscos rechazos, las enconosas miradas, las injurias mismas de su compañera, volviendo á la carga tenazmente y mezclando á la burda caricia aplicada por sorpresa, por fuerza viva, una risilla estúpida. — ¡Vaya! No había por qué dar tanta importancia á las cosas! Si todo ello no había sido nada! Entre Petra y Antonio no existía otra cosa, fuera de aquel estúpido beso; una locura del momento provocada por los vapores del blanquecino licor, que habían subido á sus cabezas. Sí, para él, fuera de su María de Jesús, no había en la tierra hembra más linda, mujer que fuera capaz de dominarle. Bien castigada estaba la ligereza de la tentadora Petra. ¿Acaso él había intentado siquiera defenderla? ¿No dejó que María la arrojase y la colmara de denuestos? Ahora que el taller prometía realizar los sueños por tanto tiempo acariciados, cuando, gracias al ahorro, habían podido instalar la maquinaria y la fuerza eléctrica, cuando él iba á poder contratar y desempeñar obras formales, á vivir en una actividad constante para formar el patrimonio de su retoño, ¿iban á reñir, á echar por tierra tanto sacrificio, tantas ilusiones, destruyendo la mutua felicidad por una mujerzuela necia y flaca, feucha y sin la

gracia que desbordaba en el rostro y en la rozagante persona de María de Jesús?

Con movimientos de sierpe que se enrosca, Antonio ceñía poco á poco el talle de su esposa que, fascinada por tanta labia, arrullada por la caricia, le contemplaba con ojos aún llorosos, en los que se pintaban la duda, el amor y la esperanza ... y los negros nubarrones que entoldaron el cielo se esfumaron, quedando la noche tranquila; pero sin que una sola estrella cintilara en el firmamento.



Pocos meses transcurrieron. El crédito del taller atraía los encargos que se cumplían eficazmente; el torno, la aserradora y la máquina de acepillar trabajaban constantemente, crepitando entre una atmósfera saturada por el resinoso perfume de las maderas. Parecía haber renacido la alegría en aquel hogar que recreaba con sus gracias el pequeñuelo que, deslizándose de la acojinada tina, caminaba á gatas por la alcoba, balbuceando palabras aún incomprensibles. María de Jesús, había adelgazado quizás un tanto; pero su belleza especial se había acentuado con este cambio; sus negros y grandes ojos de águila, relucían vivaces bajo el arco elevado de las cejas, y su boca, antes siempre extendida por la risa, parecía más pequeña afectada por una leve y permanente contracción de seriedad meditabunda. Aquel rostro, ahora sereno y reservado, sólo delataba los íntimos pensamientos de su dueña cuando, frente á la puerta del taller, pasaba Petra contoneándose y sin volver la dengosa cara ¡Oh! entonces se dilataban los poros de la recta nariz, el labio inferior se replegaba apareciendo como surcado por un doblez perpendicular, el entrecejo se contraía rápidamente

te y, de aquellos ojos, parecían brotar dos llamaradas. Fuera de esto, nadie, ni el mismo Antonio, hubiera podido adivinar el odio y la sospecha que corroían el corazón de María de Jesús.

Antonio y Petra se entendían, como vulgarmente murmuraban los vecinos, esta era la verdad; pero mañoso y astuto, él procuraba ocultar esta inteligencia á los ojos de todos, especialmente á los de su esposa. ¡Cuántas veces riñó á Petra por exponerle pasando frente al taller! No debía buscarle. ¿A qué fin provocar escándalos? María de Jesús era toda una mujer y capaz de echarlo todo á rodar. Mejor sería terminar juego tan peligroso! Pero Petra sabía dominarle, se mofaba de su pusilanimidad. ¿Acaso no era él el hombre y el amo? .. y le excitaba trastornando su cerebro con sus mil artificios de Circe. Antonio era una acémila uncida á su carro triunfador.

Era forzoso trabajar, trabajar sin descanso, los caprichos de la "amiga" eran bien costosos. Las pingües ganancias prometidas por la instalación, no llegaban completas al hogar. ¡Se quejaba tanto el pobre Antonio de los contratistas que, por uno ú otro pretexto hacían siempre descuentos sobre el precio en que la obra se había ajustado! ¡Hay tanto tramposo!..... ¡El precio de las maderas ha subido tanto!



Debía Antonio entregar á fin del mes, así quedó estipulado, cuatro juegos de claro y oscuro, para los balcones de una finca cuya construcción estaba para terminarse; pero no había tenido en cuenta el recargo de trabajo ni las festividades que le privaban del auxilio de sus operarios. Necesitaba echar sobre sus hombros toda la tarea; nadie ha-

bía querido, á pesar de la oferta de una buena soldada extraordinaria, acudir al taller aquel dieciséis de Septiembre. Sólo, entre sus máquinas y herramientas inmóviles, se aburría. María de Jesús había salido para surtirse de comestibles en el mercado, dejándole al cuidado de la casa y del chicuelo que, dentro de su tinilla, jugaba con una pelota de madera torneada por Antonio. Era forzoso trabajar, destrozando las gruesas planchas para hacer, de sus girones, cercos y peinazos.

Con brusco ademán de enfado decidióse por fin Antonio y, echando mano al switch, cerró el circuito del motor, previamente conectado con la sierra; pero todo parecía conjurarse contra él: el motor permaneció silencioso, é inmóvil la maquinaria. No había corriente. Quizás algún cartucho fundido, un alambre roto, el dinamo de la central descompuesto y paralizado sólo Dios lo sabía. Antonio, confuso y contrariado, contemplaba impotente y rabioso la perjudicial inercia. De pronto, una tosecilla breve le hizo volverse hacia la calle: Petra, de pie en el umbral de la ancha puerta, se presentaba de nuevo ¡Qué imprudencia! Si en esos momentos volviese María! Vino á los labios de Antonio una frase de enojo; pero en ellos expiró, permaneciendo absorto, recreándose en aquel cuerpo flexible, ondulante y gracioso, cuyos contornos se dibujaban provocantes bajo la muselina cuajada de encajes y listones, y fascinado por aquella cabecita pequeña de ojos incitantes, mal cubierta por el rebozo de seda. Con voz enronquecida y abandonando el taller, Antonio, acudiendo al hechizo del reclamo, pronunció un: "ven conmigo, ella puede volver" y juntos se dirigieron á la esquina de enfrente, punto estratégico desde donde, conversando, podían advertir á tiempo el regreso de María de Jesús y escabullirse.

Debía Antonio abandonar el trabajo, pretextan-

do cualquier ocupación fuera, y dejar el taller al cuidado de su esposa; así lo exigía Petra que deseaba que, aquel día, él fuese suyo, entera y exclusivamente suyo por él y para él se había ataviado así. Bien podía la obra esperar un día más, aquel era de fiesta y juntos tenían que celebrarla. Antonio, desasosegado é inquieto, se rehusaba débilmente..... ya hablarían luego él iría á buscarla era menester separarse, la ancha calle empezaba á llenarse de pilluelos y de gente que precedía á un batallón que, al són alegre y entusiasta de un paso doble, desembocaba ya por el cruceo..... "podían verles".....

De improviso, un grito, un alarido de terror resonó en la acera opuesta y la multitud se apiñó ávidamente á las puertas del taller. De un salto, Antonio, dejando á Petra, atravesó la vía y, apartando bruscamente á los curiosos, contempló enloquecido el pavoroso espectáculo: restablecida la corriente, el motor había puesto la sierra en actividad: la sierra, que era ahora una cinta que despedía un fulgor rojo y siniestro, circulando sobre una masa de carne y serrín ensangrentado.....

Antonio y María de Jesús, no tenían ya hijo.





CARBONCILLO.

Le conocimos en el corredor que mira al Sur del patio llamado colegio grande en la Escuela Nacional Preparatoria, en el entresuelo ó segundo piso, donde sentado en la interminable banca corrida á lo largo de la pared, se pasaba las horas libres de cátedra con el libro abierto sobre los muslos, el cigarro entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, y el lápiz en la diestra, con el que juguetaba en tanto que su mirada soñadora seguía las espirales y círculos del humo que ascendía brotando de sus labios. Allí pasaba la vida solo, aislado de los compañeros que, atraídos por la sátira que aquel lápiz, hábilmente manejado, vertía sobre el papel en que rápidamente trazaba las caricaturas de profesores, alumnos, empleados y mozos, huían poco después ante el carácter taciturno y nada comunicativo de Manuel: Manuel Chavira, alias "Carboncillo," llamado así tanto por su maniática pasión por el dibujo, única asignatura en que cumplía su deber, cuanto por el color obscuro de la tez de su rostro de indígena de ojillos pequeños, separados y vivarachos, coronado por una cabellera hirsuta y rebelde; cortada casi á peine, que avanzaba sobre la angosta frente.

Nos hicimos amigos una tarde en que, sorprendido por el rabioso profesor de español cuya caricatura dibujaba, nos encargó avisáramos en su casa que aquella noche la pasaría en el calabozo, vulgo "cachot" en el dialecto estudiantil, conforme al tiránico "ukase" del irritado catedrático. La verdad es que Carboncillo era un buen chico; roto el hielo desaparecía en él la amarga corteza y una fácil palabra, un ingenio agudo, una gracia sutil y animada surgían en su conversación salpicada de imágenes originales. La dificultad estaba en arrancarlo de su ensimismamiento, de la tristeza nostálgica de que parecía estar siempre poseído.

Carboncillo era un "fósil"; es decir: un estudiante que permanecía año tras año en un mismo curso, del que salía invariablemente reprobado en los dos períodos de exámenes: Octubre y Diciembre. No es extraño que por fin abandonase la escuela, "destripando," transformándose al fin en una de esas plantas exóticas aún en nuestro país que se llaman artistas, y que en él agonizan faltas del ambiente necesario.

Le perdimos de vista por varios años.



Pepe Jaramillo y yo paseábamos por las calles de San Francisco, en una tarde hermosa de primavera, charlando y riendo, cuando tropezamos bruscamente de manos á boca con un individuo pobremente vestido que, murmurando una excusa por la rudeza del choque, trató de escabullirse de nosotros. Seguimoslo con los ojos palpando nuestros bolsillos, temerosos de haber sido víctimas de un ratero, cuando Pepe, echando á correr tras él y sujetándolo entre sus cariñosos brazos, me hizo reconocer al olvidado compañero, al extraviado Carboncillo que huía de nosotros avergonzado de su pobreza y

siguiendo el impulso de su carácter misantrópico. Una vez más acreditaba Pepe su fama de fisonomista, pues era bien difícil el reconocer en aquel hombre delgado y cargado de hombros, al rechoncho y menudo Carboncillo de la Preparatoria. Había sido un verdadero hallazgo, decía Jaramillo, y era menester celebrar el acontecimiento rociándolo con una copa. Nos dirigimos pues á la más próxima cantina, donde pronto estuvimos instalados ante una mesilla redonda servida con una cerveza para mí, otra para Pepe y una copa de ajeno para Carboncillo; de ajeno, su bebida favorita, en la sola que, según nos dijo, encontraba el olvido y la calma.

Una mano se posó cariñosamente en mi espalda, y al volverme, me encontré con el Doctor X., que, atraído por nuestro parloteo, había venido á saludarnos á Pepe y á mí, quienes le invitamos á sentarse en nuestra compañía; íbamos á presentarle con Manuel, cuando éste, levantándose nerviosamente y con visible violencia, murmuró una excusa á toda prisa, apoderándose de la mano de Pepe y de la mía, que estrechó, saliendo del establecimiento y dejándonos absortos ante su copa aún llena. Disculpámosle como pudimos ante el Doctor, que, á poco, se despidió de nosotros, y emprendimos la marcha confusos aún por la inexplicable conducta de nuestro amigo.



Nos disponíamos á separarnos, frente á la casa de Pepe, cuando fuimos alcanzados por Manuel. Estaba apenado sentiría tanto habernos ofendido! pero nosotros le perdonaríamos, ¿verdad? circunstancias..... detalles largos de enumerar..... y estrechaba nuestras manos con angustia.

Pero, dije yo: ¿qué misterio es este que ocultas? ¿Qué ha motivado tu descortesía? ¿por qué tu semblante se transformó con un gesto foso y avinagrado? ¿qué te ha hecho el Doctor, á quien ni siquiera conocías?

—Odio á los médicos,—dijo Manuel después de una corta vacilación,—eso es todo; no les cause extrañeza que vuelva á suceder lo mismo si alguna vez intentan acercarme á otro individuo de la facultad.

—Eso es el instinto de conservación, notablemente desarrollado, que se rebela dentro de tí—gritó Jaramillo.

—Tan mal te han tratado?—pregunté.

—¿A qué recordar?—dijo Manuel.—Hablemos de otra cosa

—Escucha, Carboncillo,—dijo de pronto Pepe,—el asunto me interesa, porque me da en la nariz que se relaciona con el argumento de un drama que estoy planeando; aquí se oculta alguna historia interesante que tratas de escamotearnos. Te so-
pló alguna vez la novia uno de los émulo de Hipócrates?

—No; no es eso, — repuso Carboncillo enrojeciendo, con los ojos brillantes como los de un gato y con voz ronca, añadiendo después de un instante de vacilación: ¿Para qué me han hablado de esto? Con qué derecho escarban en mi dolorosa llaga? Odio, sí; es odio lo que *esos* me inspiran; es repugnancia, es mejor es que ustedes lo sepan; alguna vez había de desahogarme, confiando á un pecho amigo la historia que ennegreció mi vida para siempre.

—Entonces,—dijo Jaramillo, entraremos; mi despacho está sólo y allí podrás contarnos, con entera libertad, el extraño suceso por el que ya me tienes ardiendo en curiosidad.



—Ea pues, empieza, Carboncillo; nadie vendrá á interrumpirnos, exclamó Pepe, arrellanándose en un sillón y ofreciéndonos cigarros, que tomó de una pequeña bandeja que se hallaba sobre su escritorio, pasándonos en seguida un fósforo encendido.

—Mi narración es seria,—empezó diciendo Manuel,—y, por lo tanto, exijo el que no se me interrumpa ni profanen con sus bromas esta historia, para mí sagrada. Jamás lo perdonaría.

—Queda ofrecido,—repusimos á duo Pepe y yo, preocupados por el aspecto grave y abatido de nuestro amigo.

—Empiezo, pues:—dijo él—Al abandonar la Escuela, entregándome por comp'eto á mis ensueños de arte, rebelándome al fin contra la voluntad de mi tía, que de Dios goce, y cuya férula torcía mis aptitudes é inclinaciones, perdí por completo de vista á ustedes, lo mismo que á todos los demás compañeros de escuela, yendo á encerrarme al estudio de don Joaquín Valdegaray, aquel anciano pintor de cuyo pincel, la familia de Pepe, conserva en su sala un hermoso cuadro. Don Joaquín me recibió en calidad de aprendiz; fué mi maestro y un padre para mí, concluyendo por serlo de verdad al concederme la mano de su bellísima hija Rosa, legándome, como su dote, al morir, su paleta, sus colores, sus pinceles y su caballete, únicos bienes que poseía.

— ¡Cómo! ¿Eres casado? Dije.

—No me interrumpas, gritó Manuel, ó doy por terminada la historia! ... don Joaquín murió, —añadió calmándose,—según los médicos, de su antigua y extraña enfermedad nerviosa, cuyos accesos le sumergían en letargos y parálisis que cau-

saban espanto; según yo creo, murió de miseria: el caso no es nuevo ni extraño entre artistas. En esa miseria quedamos luchando Rosa y yo pero felices, felices porque en aquella casita estrecha vivía el amor con nosotros. La dulzura del carácter de mi esposa, su devoción, su abnegación por mí, su genio animoso, alegre y expansivo, su inteligencia superior y su belleza, daban á aquel modestísimo hogar la luz, el calor, la vida! La lucha diaria no me era penosa, sostenido, como me sentía, por la amorosa mano de mi compañera, y triunfaba siempre, porque la confianza que en mis propias fuerzas sabía ella inspirarme y los consejos admirables con que guiaba mi imaginación, mi pincel y mis gestiones, me hacían fácil y ameno el trabajo, conduciéndome al éxito.

Por aquella época, un caballero millonario yucateco, á quien mis obras habían agradado, me propuso un lucrativo trabajo: una verdadera oportunidad para realizar ensueños de arte y adquirir elementos de bienestar; se trataba de restaurar dos grandes y hermosos lienzos de nuestro malogrado Cabrera, y decorar el hermoso palacio de mi cliente, en Mérida. La oferta era tentadora y acepté; pero no quise exponer á mi Rosa idolatrada, ni á la criatura que anunciaba ya su próximo y bendito arribo, á las eventualidades de un viaje presuroso y á la travesía por regiones donde, en esos momentos, el vómito asomaba su faz amarillenta.

Partí, pues, solo, dejando á Rosa al lado de una anciana, hermana de Don Joaquín, que la miraba como á una hija.

Emprendí mi labor con entusiasmo, poniendo en ella toda mi alma y mis recursos artísticos y haciéndola avanzar con todo el afán de mi deseo por regresar. Casi había terminado, cuando una carta de negros márgenes llegó de improviso á destrozarme mi corazón y á aniquilar mi vida entera. Aquel sobre encerraba la noticia de mi viudez.

Contábame nuestra anciana tía que Rosa, afligida por un súbito decaimiento nervioso, después de mi partida, había sufrido una crisis de inmensa tristeza, de funestos presagios, de llanto silencioso y constante, de que no había querido se me diese cuenta, esperando que mi regreso disiparía aquella negra nube, evaporando sus lágrimas y devolviéndole el sueño que la había abandonado casi por completo; que un día, de pronto, Rosa lanzó un gemido cayendo desplomada y rígida, siendo ¡ay! inútiles todos los cuidados, todos los auxilios que su tía, las vecinas y el médico á quien se hizo acudir, emplearon para volverla á la vida. ¡Muertos los dos seres de mi amor, y yo sólo, sólo en el mundo!.....

Mi regreso no tuvo ya otro objeto que buscar la tumba de Rosa para derramar sobre ella el torrente de mis lágrimas y recoger la llave del ataúd en que, conforme á su último deseo, había guardándose su cuerpo envuelto en el vestido nupcial, los documentos relativos á la inhumación, y el certificado médico de defunción, que conmigo llevaba siempre: el negro pasaporte que me recordaba á diario la verdad de mi desgracia, al despertar de mis sueños en que la contemplaba á mi lado, sonriente y animosa como en otros tiempos!

Siete años viví desde entonces entre la soledad, la pobreza, el desaliento y la melancolía Un impreso, fijado en la esquina de una calle, vino hacerme sentir rudamente mi abandono y miseria, recordándome que era llegada la época de la exhumación de los restos, para dejar la fosa, que yo no había podido refrendar, á disposición de un nuevo inquilino. Me era forzoso acudir yo mismo, pues no tenía persona que me prestase este servicio, que recogiera los restos idolatrados, so pena de que fuesen entregados á la fosa común ó á la incineración. Iba á volver á mirar á mi Rosa ¿en qué estado? Temblaba al pensarlo! Volvería á

verla en su traje nupcial con el que, en un día de nostálgicos presentimientos, ordenó se le diera sepultura. ¡Oh, el macabro contraste, la tremenda ironía!.....



Después de atravesar por entre los sepulcros de blanco mármol, que me parecían silenciosos fantasmas envueltos en sus sudarios, llegué por fin á la sección destinada á recibir los cadáveres de nuestra modesta clase social, donde había sido ya arrancada la lápida de cantera y la cruz de hierro que marcaban la sepultura de mi esposa. Con el corazón palpitando locamente, zumbándome los oídos, ahogando los sollozos y con los ojos nublados por el llanto, presencié la siniestra labor. Aún, al recordarlo, me parece sentir flotando á mi alrededor el ambiente saturado por el penetrante olor de la húmeda tierra removida, mezclado al de los desinfectantes y escuchar los acompasados golpes de las palas y el jadeante “¡han!” de los cavadores. Deslizóse uno de ellos á la lúgubre hoquedad, ató el ataúd con las cuerdas y, trepando por ellas unió sus esfuerzos á los de sus compañeros; el féretro fué izado trabajosamente con un ruido sordo, sordo y sombrío que producía al rozar con las paletes de las que desprendía chorros de tierra. Era una maciza y resistente caja de cedro barnizado, último dón de la pobre vieja; la humedad y la polilla habían respetado el fúnebre claustro.

—Con mano trémula apliqué la llave á la oxidada cerradura que resistió, siendo necesario forzar la tapa que saltó astillándose.

¡Fué una visión apercebida al través de un relámpago! Todos buscamos nuestras miradas, aterrorizados por el inesperado espectáculo. El cuerpo de Rosa aparecía horriblemente contraído, en

posición extraña, impresa en el rostro la mueca del terror y la desesperación, revuelta y desgreñada la cabellera, destrozado el velo nupcial, manchado á trechos por las ensangrentadas manos, una de las cuales conservaba las uñas clavadas en la mejilla y hundiendo la otra las falanges del índice y el cordial entre los dientes que las sujetaban!..... Deshecho en polvo el cuerpo, al contacto del aire, el esqueleto conservaba la infernal postura, dibujándose bajo el ropaje de desposorios y todo el terrible, el horrendo drama subterráneo se revelaba ¡ay! demasiado tarde!

Grité y maldije como un loco, agitando frenético ante los restos amados, como para justificarme, el mentiroso papel, carta de crédito de la ignorancia y la ligereza humanas: el certificado de defunción; gemí desesperado y me lancé delirante sobre los restos para besarlos, para pedirles perdón por el cruento martirio

¡Ya saben ustedes por qué *los* aborrezco!

